

“Trotsky subestimó la capacidad sanguinaria de Stalin.”

CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ
MICHAEL
entrevista a

ESTEBAN
VOLKOV

Aunque León Trotsky se había prometido no hablar de temas políticos con su nieto, es innegable que la vida de Esteban Volkov (Yalta, Ucrania, 1926) ya tenía mucho tiempo marcada por la política cuando llegó a México a los trece años. Nadie como Volkov pueden dar un testimonio de primera mano de la persecución estalinista que cobró la vida de su abuelo. En esta conversación habla sobre el pensamiento y la figura del autor de *Literatura y revolución*.

A un siglo de la Revolución rusa, ¿cómo ve usted a Trotsky?

Fue uno de los revolucionarios más completos porque intervino en todas las etapas del proceso. Podría decir incluso que fue afortunado. Él ayudó a forjar las bases teóricas

e ideológicas de la Revolución y junto a Lenin la llevó al triunfo. Estableció las ideas de “la revolución permanente”, que terminó por enfrentarse a la inoperante “revolución por etapas” de Stalin y Nikolái Bujarin. Al final de su vida —quizá lo que él llegó a considerar su labor más importante— se dedicó a defender ese proceso revolucionario original frente al ascenso de la contrarrevolución burocrática. Todas las revoluciones siguen la misma dinámica: tras el ascenso y el progreso viene un retroceso, como pasó en la Revolución francesa de 1789 y en la rusa de 1917. El retroceso de la Revolución rusa fue particularmente violento y dio origen a la dictadura burocrática de Stalin, uno de los tiranos más sanguinarios de la historia. Stalin alejó a la Unión Soviética de los

principios y fundamentos que dieron origen a la Revolución. De esta sangrienta contrarrevolución surgió una minoría privilegiada que vivió a base de explotar a la población. Lo hemos visto varias veces en la historia: los siervos del feudalismo, los peones acasillados del Porfiriato y, ahora, en la era capitalista, observamos —especialmente en los países tercermundistas— cómo algunos trabajadores viven en condiciones de miseria. Todas las revoluciones han luchado por la igualdad. El emblema de la Revolución francesa era *Liberté, Égalité, Fraternité*. *Égalité*, equidad sin carencias. La Revolución rusa también buscaba eso, pero un grupo pequeño se adueñó del país. Por último, Trotsky fue un testigo privilegiado de la Revolución y escribió con gran detalle sobre lo que vivió.

Hay quienes sostienen que la desviación estalinista de la Revolución rusa estaba ya en Lenin y en Trotsky.

Es una manera de hacer una ensalada rusa, de mezclar todo en el mismo plato: Trotsky, Stalin y Lenin en la misma salsa. Es un invento de Gorbachov que Pierre Broué llamó la “Teoría de los tres osos”. Las revoluciones surgen cuando la explotación llega a un límite y los pueblos estallan, como estallaron en México. El marxismo establece que el motor de la historia es la lucha de clases, y creo que sigue siendo así, lo vemos hoy. Trotsky intervino en todos los procesos revolucionarios, tanto en el triunfo de la Revolución, como empujando una nueva lucha que llamó la “Revolución política” cuando se instauró la *nomenklatura*, una nueva aristocracia con un nuevo zar: Stalin. Trotsky creía que la clase industrial y agrícola debía reconquistar el poder que la burocracia había usurpado. De lo contrario, pensaba, la *nomenklatura* terminaría

por restablecer el régimen de privilegios. Trotski, sin embargo, no logró llevar esa lucha a cabo. Cayó en ella y su pronóstico se cumplió.

¿Cómo llegaron usted y su familia a México?

Mi llegada a México fue en agosto de 1939. Llegué con el matrimonio Rosmer a los trece años y cinco meses. Había pasado casi dos años de una existencia difícil y sombría en París al lado de la triste y desolada francesa Jeanne Martin des Pallières, inconsolable viuda del fallecido León Sedov, hijo mayor de León Trotski, quien casi con certeza fue envenenado por la GPU, la policía secreta de Stalin, poco después de una sencilla y exitosa operación de apendicitis. Jeanne Martin des Pallières, mujer dominante e impulsiva, se negaba a reconocer la patria potestad de mi abuelo sobre mí y obstaculizó su propósito de trasladarme a México con todos los medios que tuvo a su alcance. Para mi buena suerte, mi abuelo lo logró. Después de siete días de atravesar el Atlántico en el buque *Champlain*, dos semanas de estancia en Nueva York y de tres a cuatro días de traca taca en el tren *South-Pacific* con un aire acondicionado de bloques de hielo, los Rosmer y yo llegamos a la casa número 19 en la calle Viena. Ahí viví con mi abuelo durante su último año de vida. El recibimiento fue caluroso, de gran júbilo y alegría. Nos encontramos repentinamente en medio de una familia cálida, algo que hasta entonces era totalmente desconocido para mí. Había gran bullicio, actividad y cierta tensión por el continuo asedio estalinista; los jóvenes camaradas guardias con el revólver al cinto, aparte de la vigilancia, estaban siempre muy ocupados en multitud de actividades propias de la casa. Esa sensación de cierto peligro y nerviosismo que se vivía no me desagradaba y creo que por ello me hice algo adicto a la adrenalina de por vida.

¿Cuáles cree que hayan sido las críticas que Trotski podía haberse hecho a sí mismo al final de su vida, en Coyoacán?

Que subestimó la capacidad asesina de Stalin. Cuando asesinaron a Serguéi Kírov, Trotski no creía que Stalin lo había mandado matar. Sí le atribuía responsabilidad, pero no por acción, sino por omisión. Pensaba que la GPU, bajo sus órdenes directas, estaba al tanto de que un grupo de disidentes planeaba el asesinato de Kírov en Leningrado, y que no había tratado de evitarlo. Incluso a inicios de 1933, cuando Hitler llegó al poder, el abuelo intentó que mi madre y yo, que estábamos entonces en Berlín, regresáramos a Rusia. ¡Imagínese! Trotski subestimaba el grado de perversidad y la capacidad sanguinaria de Stalin. A unos días del primer atentado contra su vida —cuando Siqueiros y su pandilla ametrallaron su recámara y milagrosamente se salvó gracias a los reflejos de mi abuela, Natalia Sedova, que lo tiró de la cama y lo protegió con su cuerpo— le pregunté: “¿No podría haber un fanático estalinista que brincara la barda y atentara contra tu vida?” Él me contestó: “No existen esta clase de personas en el bando estalinista.” ¡Ay!

¿Cómo era Trotski?

Contrariamente a la imagen de hombre orgulloso y despótico que muchos le quieren atribuir, Trotski era una persona afectuosa y de gran sencillez, con un carácter jovial y optimista. Nunca dejaba de lado su muy oportuno sentido del humor. Dotado de gran generosidad, siempre se encontraba dispuesto a compartir sus pocos recursos para apoyar actividades políticas o ayudar a camaradas con carencias. Era un hombre muy dinámico y disciplinado, que no admitía pereza, desidia o desorden a su alrededor. Poseía una lucidez fuera de lo común y tenía una confianza absoluta en el advenimiento de un

socialismo genuino. La casa estaba llena de vida. Mis abuelos estaban rodeados de camaradas entusiastas que compartían sus ideas, eran voluntarios que no tenían sueldos. En su mayoría se trataba de obreros estadounidenses que hacían las veces de secretarios, choferes y guardias. En este último papel eran totalmente inexpertos, ya que nunca habían manejado un arma de fuego ni tenían la malicia ni la suspicacia necesarias. Entre ellos estaban Jake Cooper —chofer de tráiler—, Harold Robins —pintor comercial y jefe de guardias—, Joe Hansen —chofer de carreras—, Charly Cornell —profesor—, Walter Ketley —periodista—, Alex Buchman —ingeniero en electrónica y fotógrafo, él dejó el mejor archivo fotográfico sobre León Trotski—, Hank Schnautz —campesino—, Otto Schüssler —obrero—, Jean van Heijenoort —profesor de matemáticas—. Todos se dirigían al abuelo como *The old man* o el Viejo, si se hablaba en español. Esa gran familia de la casa de Viena 19 se desintegró y murió con Trotski. La casa se convirtió en un lugar triste y desolado. Yo perdí a una figura paterna, pero seguí llevando una vida más o menos normal: escuela, juegos, amigos, casa. Para Natalia, en cambio, fue terrible; era la encarnación del dolor extremo. Pobre mujer, paseaba por el jardín tambaleándose con la mirada perdida; era un cuadro desgarrador.

Muchos han criticado a los guardias por no haber podido evitar el fatal atentado del 20 de agosto de 1940. Incluso si lo hubieran logrado, solo le habrían dado un breve lapso de sobrevivencia a mi abuelo. Stalin tenía como alta prioridad su asesinato, y otro atentado se pondría en marcha de inmediato; era imposible luchar contra su inmenso aparato criminal dotado de inagotables recursos. —

En la edición web de la revista aparecerá una versión extendida de esta conversación.